

¿Qué quedará de nosotros?*

Silvina Ocampo

¿Soy una marginal o una mentirosa, un gigante o un enano, una bailarina española o un acróbata? Cuando uno escribe todo es posible, hasta lo contrario de lo que uno es. Escribo para que otra gente descubra lo que les debería gustar, y a veces para que descubran lo que a mí me gusta. Escribo para no olvidar lo más importante del mundo: la amistad y el amor, la sabiduría y el arte. Una manera de vivir sin morir, una forma de la muerte sin morir. Sobre el papel queda algo de nosotros, nuestra alma se aferra a algo en nuestras vidas: algo mucho más importante que la voz humana, que cambia con la salud, la suerte, la afonía y, finalmente, con la edad.

¿Qué quedará de nosotros en el mundo? Oraciones en vez de voces, oraciones en vez de fotografías. Escribo para olvidar la burla, para no olvidar, para no odiar, desde el odio, desde el amor, desde la memoria, y para no morir. La escritura es un lujo o, con suerte, un arco iris colorido. Es la salvación de mi vida cuando el agua del río o del mar intenta llevarme. Cuando uno quiere morir, se enamora de sí mismo, busca algo emocionante que lo salve. Escribo para ser feliz o para dar felicidad. Yo, que soy infeliz sin razón, quiero explicarme, alegrarme, olvidar, encontrar algo que otros puedan encontrar en Ovidio, en mi infelicidad o en mi otro ser.

Palinurus existe en la escritura, y descansa en mi corazón como en las aguas azules del mar. La sirena de Andersen tiene una voz hermosa que nunca escuché. Cuando, en mi idioma, invoco al Ángel Guardián, es más hermoso que la vida misma.

Quizás uno pueda decir la verdad al hablar de cosas sin interés sólo si no se escribe. Sobre una hoja de papel blanco estuve dibujando una mano; es mi mano que dibuja palabras. Desde chica me gustó la pintura.

Escribir es tener un manantial a mano, alguien a quien podemos convertir en un demonio o un monstruo, pero también alguien que nos dará una felicidad inesperada o el deseo de morir.

* *Este texto, escrito originalmente en inglés por Silvina Ocampo, apareció con el título de «Introducción de la autora» en Leopoldina's dream, una antología de sus cuentos publicada por Penguin Books. Los relatos de la antología fueron traducidos por Daniel Balderston, 1988.*

Estudié pintura con Giorgio de Chirico en París. Llegué a saber de los avatares de los artistas, y sus alegrías; me sumergí en colores que reflejaran mi alma o mis estados de ánimo. También en París, luego de sentir que de Chirico me había dado todo lo que podía darme, fui a la academia de Léger; un gigantesco galpón transformado en un enorme hall lleno de talleres, adonde iban los estudiantes con sus pinturas y sus telas, papel y lápices, y en el cual una modelo desnuda con mirada triste esperaba, sentada en una plataforma, que alguien la dibujase. Allí destaqué como estudiante. Léger me felicitaba, pero no me resultaba suficiente. De él me quedó la preferencia por el dibujo, aunque sus propios dibujos sean inferiores a los de otros pintores. Lo único que le interesaba a Léger eran los dibujos bajo sus pinturas, perdidos entre infinitos colores y pinceladas que ningún otro artista lograba imitar.

Me enojé con Giorgio de Chirico y le dije que él sacrificaba cualquier cosa por el color. Me contestaba: «¿Y qué hay aparte del color?» «Tiene razón. Pero los colores me molestan. No se pueden ver las formas bajo la confusión de tantos colores».

Así me empecé a desilusionar. Me alejé de una pasión que también me resultaba una tortura. ¿Qué me quedaba? ¿Escribir? ¿Escribir? Estaba la música, pero tan lejana de mí como la luna. Hacía mucho tiempo que escribía y escondía lo que había escrito. Tanto que se hizo en mí una costumbre el escribir y esconder: como si Dios me pudiera aliviar y darme una buena noticia, que nunca llegaba. El mundo no es mágico. Lo hacemos mágico, de pronto, dentro de nosotros, y nadie se da cuenta, hasta que pasan muchos años. Pero yo no esperaba ser reconocida: me parecía la cosa más horrible del mundo. Nunca sabré qué fue lo que esperaba. Un mendigo que duerme bajo un árbol sin nada en el mundo que lo proteja es más feliz que un hombre famoso, alguien reconocido por su encanto o talento. Lo que importa es lo que escribimos: eso es lo que somos, no un muñequito inventado por los que hablan y nos encierran en una cárcel tan distinta de lo que habíamos soñado. ¿Es que siempre seremos estudiosos de nosotros mismos?

Traducción de Marcos Montes